

## ALGUNAS CARACTERÍSTICAS SOCIALES Y URBANAS DEL MADRID DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

*M. Fátima de la Fuente del Moral*

*Doctora en Economía y Doctoranda en Historia y Artes  
Visiting Professor de la Toulouse Business School*

### RESUMEN

El artículo aborda el Madrid de mediados del siglo XIX, marcado por la influencia del Marqués de Salamanca, y que se caracterizaba por una profunda desigualdad social y una transformación urbana radical. Mientras las clases humildes se hacinaban en barrios insalubres de la periferia o en las plantas superiores de los edificios del centro, la burguesía buscaba diferenciarse mediante el lujo y la ostentación. Un símbolo de esta época fue el restaurante Lhardy, que introdujo la modernidad gastronómica y servicios inéditos como el uso de hielo y mesas independientes. Paralelamente, el fin de las murallas de la ciudad desató una fuerte especulación inmobiliaria. El Marqués de Salamanca, considerado el primer promotor moderno, impulsó el desarrollo de un nuevo barrio de calles anchas y palacetes destinados a la élite. Para conectar esta zona periférica, promovió incluso la instalación del primer tranvía de Madrid en 1871. Sin embargo, su ambiciosa inversión terminó en quiebra en 1869, el mismo año en que el Ayuntamiento dio su nombre al barrio que hoy es emblema de la exclusividad madrileña.

### 1. LAS DISTINTAS CLASES SOCIALES MATRITENSES

Aquel Madrid era un enorme Babel de clases. El “tamaño familiar” de la capital y su indefinición propiciaron que los miembros de todos los escalafones se encontrasen y conviviesen más a menudo que en otras capitales europeas de mayor tamaño y definición. En tal ambiente, el clasismo se aceptaba con total naturalidad. La clase baja estaba compuesta por menestrales, obreros y servidores, mientras que pobres, vagos y ociosos se congregaban en torno a la Puerta del Sol y al mercado de las Vistillas.

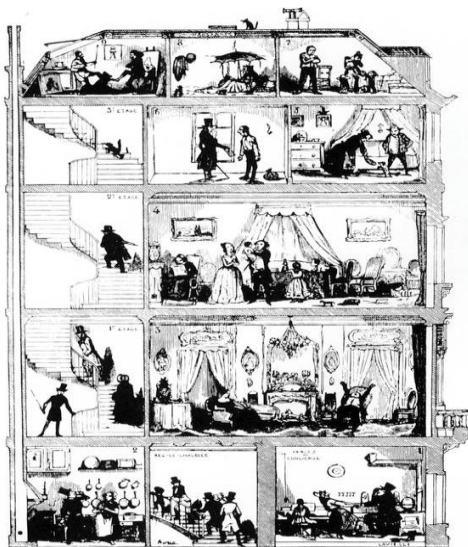


Madrid, mosaico de clases

Había mendigos que subsistían en la absoluta miseria, pernoctando en portales de corralas o en miserables casas de dormir sobre un banco de mampostería. Las condiciones en estas últimas eran inhumanas y los pisos que ofrecían este servicio podían llegar a tener, hacinadas, cincuenta camas,

que solían ser meros jergones. Sus precios oscilaban entre diez y cincuenta céntimos por noche. Una de las casas de dormir más famosas de Madrid estaba situada en el número veinte de la calle del Amparo. Comían sopa boba de conventos y cuarteles o buscaban, como los traperos, entre los desperdicios de la ciudad. Pío Baroja decía: *“Madrid era uno de los pocos pueblos románticos de Europa, un pueblo en donde un hombre, sólo por ser gracioso podía vivir”*.

El caso es que nuestra ciudad necesitará un tiempo para asimilar la profunda transformación que está experimentando en su estructura social. Mientras el proceso de distribución socioespacial que acarreará el derribo de la cerca de Felipe IV y la posterior construcción del Ensanche de Madrid, tal y como demandaba el Plan Castro, avanza en el último tercio del siglo XIX, en aquella capital en construcción conviven en un mismo barrio personas pertenecientes a distintas clases sociales. Y no solo en el mismo barrio; también conviven en el mismo edificio. Galdós nos muestra esta realidad en *Las novelas de Torquemada*: *“Era la calle de la Luna, edificio de buena apariencia, que albergaba en el principal a un aristócrata; más arriba, familias modestas y en el techo, un enjambre de pobres...”*.



Juntos, pero no revueltos

En aquella sociedad, la desigualdad estaba más que marcada y la ciudad irá poco a poco adoptando, poco a poco, una distribución socio espacial. Así, empezaban a proliferar, lejos del casco antiguo, nuevos barrios de viviendas humildes e insalubres. Se trataba de Cuatro Caminos, Prosperidad, La Guindalera, Puente de Vallecas, Ventas, Embajadores, La Elipa, Los Tejares de San Sixto, Peñuelas, carretera de Extremadura, Tetuán de las Victorias, Chamartín de la Rosa, Concepción, San Isidro o Las Injurias. Para que podamos imaginar cómo eran las infraviviendas de las afueras, leamos de nuevo a Galdós en su obra *Las novelas de Torquemada*: *“¿Te acuerdas de cuando mi hija, paseando una tarde por las afueras con Quevedo y con las hijas de Morejón, fue a dar por allá, por donde tú vives, hacia los tejares del Aragonés, y entró en tu choza y vino contándome, horrorizada, la pobreza y la escasez que allí vio? ¿Te acuerdas de eso? Contóme Rufina que tu vivienda es un cubil, una inmundicia hecha con adobes, tablas viejas y planchas de hierro, el techo de paja y tierra; me dijo que ni tú ni tus nietos tenéis una cama y dormís sobre un montón de trapos; que los cerdos y las gallinas que criáis con la basura son allí las personas y que vosotros sois los animales”*.

Así que vemos que, en aquel Madrid, las grandes obras conviven con un casco urbano compuesto por edificaciones modestas y en el que faltaban medidas higiénicas.

*Un establecimiento destacado: L'Hardy.* Es interesante detenerse en el número 8 de la Carrera de San Jerónimo. Aquí nos vamos a encontrar con una preciosa fachada de caoba, traída de Cuba en su día, que da acceso a un importante establecimiento gastronómico del Madrid de esta época histórica: L'Hardy.

Son tiempos en los que había grandes diferencias entre la dieta que consumían las clases con suficiente poder adquisitivo y la que se servía en las mesas de las capas más humildes de la población. Sabemos que el abasto del pescado era problemático, ya que el servicio de diligencias destinado a su transporte tardar cinco días en llegar a Madrid. De ahí la importancia que tenía el consumo de bacalao.



Lhardy, buque insignia de la gastronomía madrileña

Por entonces, el banquete se había convertido en signo de distinción social, igual que pasaba con vivir en una mansión opulenta, contar con una servidumbre nutrida u ofrecer fiestas suntuosas. Cuando una casa grande daba una fiesta de estas características, destinaban a los pobres una cantidad equivalente a la gastada. Famosos eran los saraos del palacio de los duques de Fernán Núñez, situado en la calle de Santa Isabel. Tal era el lujo del atavío de los asistentes que, en una ocasión, la marquesa de La Laguna tuvo que ser acompañada desde su domicilio por la Guardia Civil, dado el alto valor de su collar de diamantes.

La prensa citaba las minutas gastronómicas con que se festejaban los grandes acontecimientos. Por ejemplo, al inaugurarse el 31 de mayo de 1871 la primera línea de tranvía, de tracción animal, entre el nuevo barrio de Salamanca y la Puerta del Sol, la prensa recogió la comida celebrada en L'hardy.

Azorín, nacido en 1873, llegó a decir que “*Madrid no se entiende sin Lhardy*”. Hoy día, aún podemos tomarnos un consomé, servido directamente del samovar de plata que preside el local, y que lleva ahí desde 1885. L'Hardy fue fundado en 1839 por Emilio Huguenin, quien había trabajado en el Café Hardy de París. Sabemos que Hardy significa “intrépido” en francés y desde luego que el señor Huguenin lo era al lanzarse con la creación de un restaurante con el que quiso contribuir a los aires de modernidad que se estaban implantando en pleno corazón de Madrid.



Benlliure, un ilustre cliente de Lhardy

L'Hardy ofrecía los mejores vinos, así como novedosos y succulentos productos de pastelería y repostería que los madrileños no habían visto nunca. Además, ofrecía a los comensales mesas independientes con manteles de hilo y cubertería de plata.



Mesonero Romanos,  
el especulador silencioso

Fue el primer restaurante de Madrid al que podían acudir las mujeres solas y donde siempre había agua fría. No olvidemos que en este momento que no existían las neveras. L'Hardy fue capaz de conseguirlo, dado que tenía un pozo de nieve en el sótano.

Sabemos que el gran escultor Mariano Benlliure fue muy amigo de los dueños y estuvo alojado en las habitaciones que había en la tercera planta. En ellas era posible que determinados clientes se alojaran sin pagar nada, aunque, según lo que nos dice *El Imparcial*, 1 de junio de 1871, “*lo que no se gastan en dormir se lo gastan en comer*”.

El periodista Ángel Fernández de los Ríos, director y redactor del semanario llamado “*La Ilustración*”, nos cuenta en qué consistía un banquete en L'Hardy: “*La primera etapa culinaria del tour de platos fue cubierta por ostras, sopa de almendra, tasajos de buey y langostas, regados con vinos de Valdepeñas y Burdeos. En la segunda tanda llegaron, entre fuentes de verduras, pájaros asados y truchas. Además, se escanciaron los vinos más selectos de Madeira. Todo entre guarniciones, amén de los postres*”. Pese a que el fundador de L'Hardy se inspiró en París, hemos comprobado que los quesos no estaban presentes en sus menús. Esto es así dado que, por entonces, se consideraban un alimento popular.

## 2. EL MARQUÉS DE SALAMANCA Y EL *ENSACHE ESTE*

Así que en 1868, año en que estalla *la Gloriosa*, se derriba la cerca de Felipe IV. Es decir; ocho años después de que se aprobara el Plan Castro. Conocemos el hecho de que esta enorme demora se debió a las luchas entre el Ayuntamiento y el Ministerio de Fomento, que no se ponían de acuerdo. Mesonero Romanos, miembro del Consistorio, era uno de los que se negaban al derrumbe de la cerca, al considerar que “*ni la necesidad ni la concurrencia reclaman por ahora aquella gigantesca medida*”. Sus palabras dejan claro que tampoco estaba conforme con “*los medios de llevarla a cabo*”.

El caso es que una vez que la cerca deja de constreñir la ciudad, se desata un proceso de exaltada especulación inmobiliaria ante la que las autoridades no interponen medida alguna. Y es que, con el liberalismo, sistema que defiende los intereses particulares, el suelo se convierte en un bien de mercado, lo cual abre una etapa de ganancias rápidas y fáciles para los hombres de negocios más avisados. Éstos, ávidos por la consecución de beneficios y ansiosos por ver crecer sus fortunas, se lanzan a la compra de un suelo que quieren acaparar. Las compraventas y los préstamos no dejan de multiplicarse. Compañías como *La peninsular*, *Crédito comercial*, *Crédito mobiliario español* o *Montepío universal* lanzan agresivas campañas publicitarias en busca de ahorros que invertir en los terrenos del Ensanche. La construcción, que se nutre de manera extensiva de la masa de trabajadores no cualificados que acuden a la ciudad, se convierte así en el sector económico más pujante de la época, situándose por delante de las inversiones en Deuda Pública o en Bolsa. Y la burguesía, que cuenta con una gran liquidez, aprovecha el tirón y se construye elegantes palacetes a modo de residencias, al mismo tiempo que levanta edificios de viviendas destinadas al alquiler con la idea de poder “vivir de las rentas”.

Como ejemplo, vemos que el Real Pósito de la Villa se divide, en 1865, en treinta y nueve solares, que caerán en manos de grandes propietarios y burgueses acaudalados, así como de aristócratas, tales como el marqués de Salamanca o el marqués de Linares. A partir de entonces, se construye una nueva Plaza de la Independencia, que dará la bienvenida a los viajeros procedentes de Aragón y que constituye una especie de frontera entre el campo y la ciudad. Dicho espacio, que Galdós considerará “*juguete nuevo de aquellos días*”, facilitará la integración efectiva del nuevo barrio de Salamanca. Nuestro escritor se referirá a esta nueva plaza como “*provocativamente bella y monumental, toda roja y feroz*”. Muy cerca de la Plaza de la Independencia se alzó, hasta 1874, la antigua Plaza de Toros de 1749, que también servía de matadero, fonda, carnicería, taberna y cuadra. Su derribo dará a la zona un aire más

urbano y sofisticado. La pena fue que no hubo ni plan homogeneizador ni visión de futuro para estas intervenciones urbanísticas.

Uno de los principales agentes económicos del momento fue el marqués de Salamanca. Podríamos considerarlo el primer promotor moderno de la capital. Vivía en el número 8 del paseo de Recoletos, en compañía de su esposa, Petronila Livermore Salas, que era hija de un comerciante británico, de sus dos hijos, Francisco y Josefa, y de catorce sirvientes, entre los que encontramos dos pinches de cocina, un mayordomo, un jefe de cocina, un portero y un jardinero.



El Marqués de Salamanca

Atraído por las oportunidades de negocio, Salamanca compra una gran cantidad de terreno en el denominado *Ensanche Este*, situado más allá de la Puerta de Alcalá. Observamos que, en 1866, cuando aún quedaban dos años para que se derribara la cerca de Felipe IV, ya poseía el 6% de la superficie total de esta zona de la ciudad. De hecho, nada más ratificarse el Plan Castro, se lanza de lleno a la compra de suelo de manera que podríamos calificar de imprudente. Su idea, que más bien era una cabezonada, es desarrollar allí un vecindario compuesto por “*calles anchas, rectilíneas, regulares, flanqueadas de grandes edificios y grandiosos palacetes*”. Por supuesto, las flamantes y ostentosas viviendas del nuevo barrio estarían al alcance de muy pocos y su diseño iría cargado de poder simbólico. Contarían con cuatrocientos metros cuadrados útiles y más de veinte estancias diferenciadas, así como con jardines privados, portería, cocheras, patios interiores, bañera y chimenea francesa.

Mesonero Romanos hace referencia a la situación en su romance titulado *El nuevo Madrid*. Dice así:



El Barrio de Salamanca

*Madrid se va a Salamanca  
por la Puerta de Alcalá;  
que, harto de ser siempre villa,  
quiere ascender a ciudad.*

*De un poderoso banquero  
obedeciendo al imán,  
huyendo va de sí mismo  
por su confín oriental*

### 3. SEGREGACIÓN SOCIO ESPACIAL Y DESEO DE DIFERENCIACIÓN

A partir de entonces comienza en Madrid un proceso de segregación socio espacial donde los barrios para ricos empiezan a distanciarse del resto y quedan vetados a las clases populares. Éstas siguen viviendo hacinadas y en condiciones de insalubridad, con retretes en mal estado, falta de ventilación, aguas estancadas y pozos negros. La desigualdad crece, al mismo tiempo que las clases pudientes dan muestra de un fuerte deseo de diferenciación. En tal ambiente, el nuevo barrio de Salamanca dará lugar a un espacio residencial homogéneo donde las capas acomodadas de la sociedad encontrarán su sitio. Éstas querrán mantener los barrios humildes alejados de la vista. Entre estos vecindarios, podríamos citar Cuatro Caminos, Tetuán, Prosperidad, Guindalera, Ventas, Vallecas o los Carabancheles. Sus

habitantes, esclavos de sus reducidos jornales, no significan nada en el nuevo orden de juego de poderes de la capital. A medida que nos acercamos al final del siglo XIX, se irán formando unas fallas socio espaciales sangrantes, que tienen como base la autosegregación de las clases pudientes y el afianzamiento de las diferencias socioeconómicas. A medida que la zonificación a la que hemos aludido se va haciendo irreversible, con flagrantes diferencias socioeconómicas entre las distintas clases sociales, se va sembrando el embrión de la quiebra del ecosistema social.

Hasta el momento, se ejercía una segregación socio espacial en altura. Es decir, las distintas clases sociales convivían en un mismo edificio, en el que las plantas superiores estaban ocupadas por las clases más desfavorecidas. Así que tener que el hecho de tener que subir más o menos escaleras influía en el precio del alquiler. Algo que contribuirá a que esto cambie será la aparición del ascensor. El primero que tuvo Madrid era hidráulico y se colocó en 1877 en la finca situada en el número 122 de la Calle Mayor.



La corrala: hacinados pero menos

Así que nuestra ciudad, allá por el 1869, mostraba, por un lado, riquezas y palacios suntuosos, lujo y signos de opulencia. Pero por otro, Madrid contaba con barrios miserables y sombríos que daban cobijo a multitud de familias pobres que se amontonaban en cuartos estrechos y lóbregos. La vida de esta parte desfavorecida de la ciudadanía estaba llena de privaciones. Estos madrileños no sólo tenían grandes dificultades para procurarse el pan de cada día. Tampoco le resultaba fácil respirar aire puro.

#### 4. LA RUINA DEL MARQUÉS DE SALAMANCA



Un barrio para ricos

El caso es que el marqués de Salamanca acabó por arruinarse con su proyecto. Si se analiza su estrategia inversora y se observan sus decisiones, es fácil darse cuenta de que él mismo fue causante y víctima de la ola especuladora que lo llevó a la ruina. Y es que tardó muchísimo tiempo en entrar en el mercado, al que llegó en la década de los sesenta. Además, compró a precio excesivamente revalorizado y lo hizo de forma rápida, sin apenas negociar, en su ansia de que nadie se le adelantase en el desarrollo del eje “Recoletos-Castellana”, que era el que le interesaba. Así que, con este comportamiento,

infló de lo lindo los precios de partida, gastándose catorce millones de pesetas en la compra de terrenos. Su plan era trasladar a Madrid los modelos de promoción inmobiliaria de ciudades como Chicago, Nueva York, Londres o París. Para lograrlo, trata de crear en Londres una sociedad que le sirviera para capitalizar su actividad. Pero no lo consigue, así que se ve obligado a llevar a cabo su proyecto completamente solo.

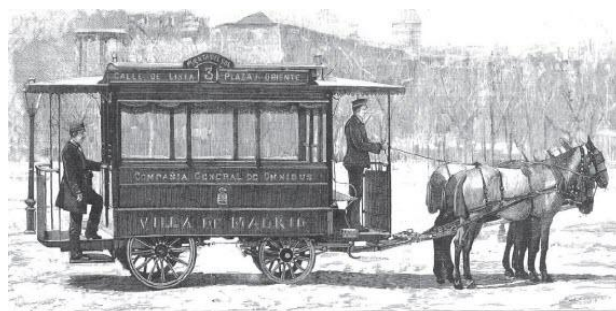
Pese a todo, sigue adelante con su idea de crear un “Nuevo Madrid”, en terrenos muy bien ubicados que él mismo ha revalorizado y que carecen de infraestructura urbana. Pero Salamanca es un hombre tenaz y, ante la falta de apoyo económico por parte del Ayuntamiento, cuyas cuentas sufren una anemia galopante, trata de aportar él mismo parte de esa infraestructura, de modo que corre con los gastos de alcantarillado, pavimentado y adoquinado. De hecho, ésta es la razón por la cual aparece en

Madrid, el 31 de mayo de 1871, el primer tranvía. Fue de tracción animal y contó con capital británico, que aportó la *Asher Morris Company*. La idea de Salamanca era que sirviese para compensar el carácter periférico que tenía este nuevo vecindario, al que los madrileños no veían con buenos ojos, ya que lo consideraban apartado del casco antiguo y sin una buena comunicación. Precisamente por su falta de servicios, algunos opinaban que el barrio de Salamanca era una especie de maqueta, a escala real, a la que le faltaba vida.

Por si todas esas dificultades fuesen pocas, Salamanca se ve golpeado, de manera adicional, por una crisis económica que estalla a finales de la década de los sesenta y que provoca la quiebra de sociedades, la desaparición de puestos de trabajo y una menor demanda habitacional. Todo ello va a implicar una bajada en el precio del suelo. Además, los tipos de interés suben, lo que afecta de manera significativa a todos aquellos que habían contraído deudas con las que financiar sus proyectos de inversión. Ante tal panorama, nuestro marqués decide cambiar de estrategia y empezar a vender un mayor número de viviendas a un precio más bajo del previsto inicialmente. Al mismo tiempo y con el fin de mantener sus márgenes, decide reducir gastos, así que empieza a construir, con materiales de peor calidad, viviendas más pequeñas y con un interior más compartimentado. De esta forma se levantan nuevos bloques en las calles Serrano, que antes se llamaba Boulevard Narváez, Jorge Juan, Claudio Coello y Lagasca.

Pero a pesar de todos los intentos que hace para salir adelante, llega un día en que José de Salamanca se encuentra con un enorme pasivo inmovilizado que no consigue ni vender ni alquilar, con falta de liquidez para seguir construyendo y con grandes préstamos a corto plazo que son insalvables. Total; un panorama desolador.

A pesar de todas las dificultades, el barrio de Salamanca se irá consolidando, a pesar de su lánguido avance tedioso, y atraerá a un vecindario acomodado y burgués, compuesto poderosos comerciantes, nobles, banqueros, altos cargos del Gobierno, de la Administración y del ejército, así como altos directivos de grandes empresas que quieren mostrar su preeminencia socioeconómica y adquirir prestigio social. Algunas de las personalidades que encontramos en el barrio son Juan Valera, Emilio Castelar, Alonso Martínez o el propio Carlos María de Castro.



Los tranvías del Marqués



La opulencia en casa

Pero no siempre las historias acaban bien. En 1869, el marqués de Salamanca quiebra. Malvenderá sus inmuebles o los ofrecerá como fianza para nuevos préstamos. Y no dejará de presionar al Consistorio para conseguir tratos de favor. Como si fuera una broma del destino, justo en ese año de ruina para Salamanca, el Ayuntamiento decide otorgar su nombre al barrio.